

Don Francisco de Toledo

I

“En las ordenanzas del señor don Francisco de Toledo—decía el noble Virrey don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, en la memoria que presentó a su alto sucesor, el príncipe de Esquilache (1615)—hallará V. E. todo lo que pudiere desear, pues de aquel maestro somos todos discípulos; y yo, a lo menos, lo confieso de voluntad” (1)

“En este nuevo mundo del Pirú, en viendo cosa de buen gobierno, y pulicía y ordenanzas, dello se dice y siempre se dirá: ¡don Francisco de Toledo!; que fué, en dar leyes y hacer ordenanzas, otro Moisés a los hebreos, o Nino a los caldeos y babilónicos, o Licurgo a los lacedemonios, o Solón a los atenienses, o Zamolsis a los scitas; como claro consta por lo que hizo y ordenó en este reino el tiempo que lo gobernó”. Tal, por su lado, exclama el curioso y diligente Tristán Sánchez—en el interesante manuscrito que, de su puño, existe en la Biblioteca Nacional de Madrid (2)—en momentos de comenzar la relación, desdichadamente trunca, de la vida y de los hechos del esclarecido gobernante.

Justas, a la verdad, son las alabanzas a éste rendidas por el Marqués su admirador, y por el modesto contador de la Real Hacienda de Lima (3); alabanzas después ratificadas por el famoso y eminente doctor don Antonio de León Pinelo, quien denominó a Toledo “el Solón del Perú”. Justas, porque, prescindiendo de los yerros e innecesarias crueldades que empañaron su nombre alguna vez—hijos de su educación y de su medio, y quizá si inspirados en un concepto exagerado de la lealtad y del deber—la labor total de ese funcionario, realizada en período que no alcanza a unos doce años, constituye un monumento

colosal, indicativo de minuciosa atención; de estudio penetrante; de previsión luminosa, pródiga, levantada; de constancia suprema; de aplicación tesonera, contraída sin vacilaciones ni tropiezos a la felicidad y el progreso generales; de un carácter, si duro y frío, enderezado al bien y empeñado en realizarlo; de una reflexión ilustrada y benévola, de cada día, de cada instante y vidente, y a la vez enérgica y sagaz; identificada por el propósito y por el fin, con la índole y las exigencias, con el pasado y el porvenir del pueblo cuyos destinos había venido a manejar. Gran organizador, gran administrador, gran legislador, su egregia sombra, hundida en la nívea túnica que envuelve a los benefactores de los hombres, si salpicada en la inocente sangre del Inca sin ventura, cruza gigantea y amable a nuestra vista, bañada en esa claridad que sobre el ayer vierte el reflector lumíneo de la historia; ¡cruza, sí, en pos de esotra trágica sombra del Marqués de Cañete, embozada ésta en la clámide negra, disciplinada, claveteada de símbolos cadavéricos; a la manera que aquellos cortinajes con que en sus fiestas fúnebres visten los templos sus cimborios y columnas, ora ornados de franjas cloróticas, ora de cruces cerulescentes, ora de argénteas gotas que semejan lágrimas!....

II

Era mero segundón del conde de Oropesa, y nacido en la villa de este nombre del reino antiguo de Toledo; pertenecía a la orden de caballería de Alcántara, en la que había ascendido a comendador del Acebuchar y ejercía el cargo de claverero (4); y, al ser nombrado por Felipe II virrey del Perú, era uno de los cuatro mayordomos del palacio real (5). De buena talla y cuerpo rígido; majestuosa disposición; talante severo; enjuto de rostro y carnes; de espaciosa frente; nariz delgada y recta; fino bigote; semejante a las alas abiertas de un ave en pleno vuelo; barba crespada, cerrada, aguda, y espesa, arqueadas cejas y ojos envueltos, estrechados, empequeñecidos por gruesos párpados, que ofrecíanlos, semivelados, cual si estuviesen próximos a dormir; pero que herían, como un puñal, penetrantes, inquisidores, misteriosos y fríos, parecía hecho adrede para el mando, y predestinado a las altas funciones que había venido a ejercer. Moralmente, era hombre duro, sombrío y hasta cruel; impasible, indolente; tanto, que, cuando hizo degollar a Túpac-Amaru,

“presenció, desde una ventana de su casa, el horrible espectáculo de que era autor, sin dar la menor señal de sentimiento” (6) receloso y desconfiado; orgulloso, autoritario, déspota; extremadamente religioso, y aún (sincera y estudiosamente) fanático; “caballero, dice Garcilaso, que recibía el santísimo sacramento cada ocho días (7); con todo ello, metalizado, codicioso, gran acaparador de bienes; propensión que en tiempo dió margen a desfavorables suposiciones (8); y, a la manera que sus sucesores y predecesores, manchado de sucio e incurable nepotismo (9); pero altamente capaz; de instrucción notable, sobre todo en materias administrativas y jurídicas; de profunda experiencia famoso y admirado por “su genio emprendedor, su infatigable celo, su estudio reflexivo en los asuntos, y su energía y tacto, que le hacían hombre digno e idóneo para el mando; observador y silencioso; nunca alucinado por razonamientos y teorías; y diestro en escoger las personas entendidas a quienes debiera consultar y oír” (10); tardo y cauteloso en adoptar una resolución; que “meditaba profundamente las cosas, hasta descubrir si podían efectuarse; que en ellas estaba siempre por lo práctico y provechoso, y por ello nunca disponía nada que fuese imposible de cumplir” (11); firme, en fin, e inquebrantable en sus ideas y propósitos, apenas precisaba aquéllas o redondeados éstos; a punto de que, “una vez formada su convicción, ya no podía esperarse que retrocediese o cambiase en sus determinaciones” (12).

III

Nombróle Felipe II en julio de 1568; y, en el acto de conocer aquel nombramiento, apresuróse a escribirle el Papa Pío V, que le había conocido y tratado en Roma (13), manifestándole “haberse holgado grandemente en el Señor y dado gracias a Dios, por haber el católico rey de España destinádole a regir las provincias del Pirú”, y confiando en que, sin que se las hubiesen encargado, haría cuantas cosas cumplieran para ampliar y extender la recta y verdadera fe cristiana, y ganar a Cristo muchas almas, confirmando a las que no estuvieran bien firmes y estables en la fé; haciendo que aquéllas que no hubiesen dejado los ídolos, dejáranlos y convirtiéranse; y procurando, cuanto, que los tales no fueran escandalizados con las malas costum-

bres de los que de esas partes de occidente (España) vinieran a estas provincias" (18 de agosto de 1568) (14); carta remitida a Toledo, con instrucciones verbales, por conducto del arzobispo de Rosano, nuncio del Papado en Madrid.

IV

Con estas instrucciones y las que por supuesto le impartió su soberano, Toledo zarpó de San Lúcar de Barrameda (15) el 19 de marzo de 1569; llegó a la Dominica el 28 de abril; arribó a Cartagena el 8 de mayo; surgió en Nombre de Dios el 1º de junio; entró en Panamá el 23; salió de Puerto Perico el 22 de agosto; tocó en Manta y Guayaquil; y desembarcó en Paita a fines de setiembre. Reedificó este puerto, a que dió el nombre de San Francisco de la Buena Esperanza, y siguió a Piura (16). Tomó allí providencias para reanimar la ciudad, que halló casi despoblada, "a causa de haber muerto multitud copiosa de indios". Continuó a Trujillo. Presentóse en esa población el 15 de octubre y hospedóse "en las mejores casas della, que eran de Juan de Sandoval" (17). De Trujillo prosiguió por tierra. Detúvose en Arnedo (Chancay), a nueve leguas de Lima, dando tiempo a que en el Callao fondeasen los dos navíos, despachados de Paita, en que venían sus criados y equipajes. Diéronle el banquete de bienvenida en el Jagüey (18); hizo alto en la chacra de Barrio-Nuevo (19); y, con el grandioso ceremonial usado entonces, entró en esta capital por las actuales calles de Malambo, Trujillo y el Puente, el 30 de noviembre de dicho año (20).

V

Llegado apenas, instauró (conforme a sus instrucciones) el sanguinario y tremendo Tribunal de la Inquisición, cuyos miembros fundadores habíanle acompañado en el viaje, y eran cuatro: el licenciado don Andrés de Bustamante, fallecido, antes de todo arribo, en Panamá; el licenciado don Hernando Cerván de Cerezuela, primer inquisidor como el precedente; el licenciado J. de Alcedo, fiscal; y don Eusebio de Arrieta, secretario. Estrenóse el odioso instituto con el auto de fe llevado a cabo el domingo 15 de noviembre de 1573. En él se quemó vivo por hereje al súbdito francés Mateo Salade. (La erección enunciada había sido prescrita por Felipe II en cédula de 7 de fe-

brero de 1569). La jurisdicción del tribunal de Lima comprendía desde Panamá hasta Charcas, con inclusión de Quito y de Chile. Perduró hasta el 23 de setiembre de 1813 día en que hecha pública de nuevo su supresión por la constitución española liberal de 1812, el pueblo de Lima invadió y destrozó las oficinas, carceletas (22) y archivos del execrable Tribunal. Aunque restablecido por Fernando VII en 1815, fué para subsistir sólo seis años, ya sin poder ni prestigio de la menor especie, hasta desaparecer definitivamente en 19 de setiembre de 1820.

VI

Estableció Toledo de seguida el Tribunal y sala de alcaldes de corte o del crimen, con los licenciados Altamirano y Valenzuela (el tercero, Landecho, había muerto en Tierra Firme, hoy Colombia); el relator, licenciado Turín; y el secretario, Juan González Rincón. Luego inició campaña en forma, tesonero y vivaz, para recuperación del real patronato, que los prelados de América desacataban y aún desconocían (23); resolvió llevar adelante y consumó la fundación del pueblo del Cercado (antes comenzada por el gobernador García de Castro) (24); y acometió cuatro mejoras interesantísimas, cuyo recuerdo, por incipientes e imperfectas que fueran entonces dos de aquellas, merecen ser anotadas en esta HISTORIA, a saber: 1ª el empedrado de las calles de Lima (25); 2ª la construcción (ya iniciada por el Virrey conde de Nieva) de los portales que ornán nuestra amplia y hermosa plaza de armas (26); 3ª la instalación de una grande y majestuosa fuente en el centro de esta última; y 4ª la captación y conducción de agua potable pura y suficiente para el consumo de la ciudad (27).

Emprendido o acabado todo lo cual, decidió efectuar y efectuó la grande y difícilísima empresa de hacer él mismo la visita general del Virreinato.

Lima, 1921.

GERMAN LEGUIA Y MARTINEZ

(1) Fuentes, Memorias de los Virreyes, t. I, pág. 19.

(2) Letra J, No. 113, papel tamaño 4º, caligrafía de la primera mitad del siglo XVII. Por desgracia, tal manuscrito está incompleto en sus tres partes: una, relativa al Virrey Toledo; otra, al virrey don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete; y la última, intitulada

- da "Excelencias de la Ciudad de los Reyes". Las tres corren insertas en la famosa colección de documentos de Torres de Mendoza, t. 8º, pág. 212 a 421.—Ed. de Madrid, 1867.
- (3) Éralo Sánchez hacia fines del siglo XVI (años de 1590 y siguientes).
 - (4) Esto es, *llavero*, de casa, fuerte o templo; dignidad sólo existente en las llamadas órdenes militares, semi-religiosas a la vez.
 - (5) Colección de documentos de Torres de Mendoza, t. VIII, pág. 217; y *Diccionario* de Mendiburu, t. VIII, pág. 22.
 - (6) Mendiburu, *Dicc.*, t. VIII, pág. 58.
 - (7) *Comentarios*, pte. II, lib. 8º, cap. XVI, pág. 496.—Mendiburu, t. 8º pág. 57.
 - (8) "Se vino a España con mucha prosperidad y riqueza, que fué pública voz y fama que trajo más de quinientos mil pesos en oro y plata". Garcilaso, *op.*, pte. y lib. *cits.*, cap. 20, pág. 503.
 - (9) Dice J. T. Polo en su "*Crítica del Diccionario de Mendiburu*, pág. 55, que "en uno de los códices de nuestra antigua y rica biblioteca (intitulado *Alegaciones varias*, t. 9º, fol. pergamino), un documento, en que se hablaba de la residencia que a Toledo tomó el Conde del Villar, concluía así: "De hacienda real y de criados son infinitos los cargos"—Y Mendiburu cuenta: "Fué costumbre de los Virreyes preferir a parientes y paniaguados para los destinos públicos, especialmente los lucrativos, posponiendo el mejor derecho de las personas de servicios y otras cualidades. No era extraño lo hiciesen así, imitando la injusticia y venalidad de que se daba ejemplo en España y en Roma. Don Francisco de Toledo seguía esta mala senda": *Dicc.* y t. *cits.*, pág. 57.
 - (10) *Op. et*, vol. *cit.*, pág. 23.
 - (11) *Id.*, *id.*, loc. *cit.*
 - (12) *Id.*, *id.*
 - (13) Agregado a la Embajada Española.
 - (14) Colección *cit.* de Torres de Mendoza, t. VIII, pág. 215.
 - (15) Puerto, sobre el Atlántico, en la boca del Guadalquivir, provincia de Cádiz, al sur de la Península.
 - (16) Colección *cit.* de Torres de Mendoza, t. VIII págs. 221 a 227.
 - (17) *Id.*, *id.*, pág. 228.
 - (18) Paraje hoy desconocido.
 - (19) *Id.*, *id.*, *id.*—"Barrionuevo, dice Tristán Sánchez, está de la ciudad como media legua y es el lugar más a propósito para la entrada". Colección y vol. *cits.*, pág. 229.
 - (20) *MS.* *cit.* de Tristán Sánchez, *apud* *colec.*, también *cit.*, de Torres de Mendoza, t. VIII, págs. 230 a 232. No podemos, en este momento, resistir a la tentación de copiar, de la obra del propio Sánchez, la forma en que por esos tiempos efectuábase la solemne entrada de los Virreyes; y estamos seguros de que el lector ha de agradecérselo, por ser cosa en extremo curiosa y que nadie entre nosotros ha tratado detenidamente, debiendo sólo advertirle, desde antes, que, habiendo Toledo venido a Lima por tierra, hubo de entrar por el barrio y distrito que llamamos "Abajo del Puente"; pero que los otros virreyes, llegados por el vecino puerto, hacían su ingreso en la población por la portada de Monserrate

o por la del Callao, como era natural. Ahora bien, de la entrada de Toledo cuenta Tristán Sánchez lo siguiente: "Hizo alto el visorrey de la chacra de Barrio Nuevo.... A esta chacra vino el licenciado Lope García de Castro, Gobernador de estos Reynos, con la real Audiencia, a comer con el virrey; y acudieron todos los vecinos encomenderos, cibdadanos, iglesia, provinciales y prelados de las ordenes a darle la bien venida. La entrada, recibimiento y fiesta que se le hizo, fué más grandiosa y solemne que a otro algún visorey se hubiese hecho; y, en lo que es lugares y puestos, estampa (es decir, muestra, modelo), de lo que hasta hoy se guarda en la entrada de los visoreyes que le han subcedido. I, aunque no referiré por estenso la entrada, particularizaré los puestos y lugares que cada uno llevó este día. De la chacra de Barrio Nuevo partió el Visorrey temprano, después de comer, con solos los caballeros, criados de su casa, con su guión detrás; y él en una litera. Como en medio el camino, salieron las compañías de los gentileshombres, lanzas y arcabuces de la guardia deste reino. El Visorey, dejada su litera, subió en un caballo suyo, ricamente aderezado. Tomaron la vanguardia los arcabuceros, y la retaguardia los gentiles hombres lanzas. Llegado el Visorey al paraje de la ciudad, tenía el caballo que le daba (ésta) para su entrada con su pelliz (cubierta de la silla que se ponía después apeado el caballero, o como de respeto en funciones públicas, según Terremos); y el mayordomo de la ciudad que se le dió, hizo este día el oficio de caballero. Aquí estaba la guardia ordinaria de alabarderos del Virrey, con su librea y alabardas en las manos. La librea era asaz vistosa y galana, de amarillo, negro y carmesí. A poco trecho estaba la infantería y capitándella, lustrosos, costosos y bien aderezados; y no menos el capitán Juan de la Arreinaga, a quien la cibdad para el efecto eligió, el cual hizo al Visorey un elocuente razonamiento. Llegado al arco, que era en el principio de la puente, habiendo tomado al Visorey juramento, llevaron de rienda al caballo los dos alcaldes ordinarios; y las varas del palio los regidores. I el orden que desde allí llevaron fué tomar la vanguardia la infantería, y luego el capitán de los arcabuceros de a caballo. A esta compañía seguían los caballeros criados del Visorey, gentiles hombres de su casa, deudos, en dos, en hábito de camino; luego veinticuatro pajes, en cuerpo, con arcabuces en los arzones, y deudos, en dos, ropillas de terciopelo amarillo, guarnecidas con terciopelo negro y carmesí, con dos maestresalas, uno delante y otro detrás. Sucesivamente venía toda la caballería y nobleza desta ciudad. Luego la Universidad, con sus borlas, cada uno conforme a su facultad. Seguían a estos los maceros de la ciudad, con las mazas abatidas sobre los brazos; tras quien iba la Real Audiencia, con todos los ministros y oficiales de aquel tribunal. Luego los reyes de armas, con sus cotas y mazas, descaperuzados. Venía sucesivamente el palio, regidores, alcaldes y el Visorey, el teniente de la guardia de a pié y dos caballeros a los lados. Llevaba la guardia en medio al Visorey y Real Audiencia. El capitán della salía a ordenar lo que convenía, volviéndose a su

puesto, que era en medio de sus alabarderos. Después del palio iba el guión; el que le llevaba iba en cuerpo, sin que ninguno fuese a su lado. Seguían luego el caballero y camareros del Visorey, y detrás un paje de lanza y otro con una maleta de terciopelo; y toda esta máquina se acababa con el capitán y gentiles hombres, lanzas, deudos, en dos, que llevaban la retaguardia. Con este orden fueron por las calles que para su recibimiento estaban aderezadas, hasta la iglesia mayor, en cuyo cimiterio estaba el arzobispo don Jerónimo de Loayza con la cruz y un sitial, donde recibió al Visorey, teniendo el uno con el otro grandes cumplimientos, como tan sabios, prudentes y discretos cortesanos. I yendo juntos, el Visorey a la mano derecha, entraron en la Iglesia, donde, después de hecha oración, salió el arzobispo acompañado del Visorey hasta el propio lugar a do en el cimiterio lo había recibido; y, dando una vuelta a la plaza, que ella y las calles por do el Visorey pasó de aderezos y damas estaban hechas un cielo, se entró en las casas reales que son en ella, con que se acabó este recibimiento, en que no cuento de música que el Visorey trajo y acá había, ni arcos, ni letras; ni lo dicho o afeitado de razones, como en otro recibimiento que adelante se verá lo hago; sino bruto, como fué, que no había menester más relieves ni oro del mucho que en él hobo, como todos bien lo vieron.—Colecc. y vol. cit., pág. 229 a 232.

El ceremonial anterior complicábase, porsupuesto, cuando el Visorey venía acompañado de su esposa. El primer magistrado de aquella categoría que vino casado al Perú, fué don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, segundo hijo de don Andrés, de quien ya hablamos en su lugar como férreo y terrible pacificador de la Colonia; y casado (don García) con doña Teresa de Castro y de la Cueva (hija de don Pedro de Castro y Andrade, Conde de Villalva y Andrada, conde de Lemos y Marqués de Sarriá; y de doña Leonor de la Cueva, hija de don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque). Así como el recibimiento de Toledo sirvió de tipo a los posteriores, hechos a *virreyes solitarios*; así el de don García y su esposa tomóse por modelo, precedente y lección de los hechos a *virreyes matrimoniados*; y completaremos por tanto los datos contenidos en esta nota, con los que el mismo Tristán Sánchez nos da relativamente al segundo hecho, sin más que suprimir coplas e inscripciones inspiradas por la adulación, y que, aquí reproducidas, harían dicha nota más extensa de lo que ya es. Dice Sánchez: "Bien pensaba no hacer mención particular del recibimiento de ningún virrey en esta ciudad...; mas no por haberse visto en estos reinos, desde que se descubrieron, un virrey... que haya traído a su mujer, particularizaré... lo que en este pasó, que siempre suele ser estampa para cuando suceda, y escrito aquí no habrá necesidad preguntallo a nadie. Ya dije, en el discurso del gobierno del virrey Conde de Villar, el terremoto y temblor pasado que hobo, y cual dejó la cibdad y casas reales, las cuales él despobló por inhabitables, y se mudó a una nueva casa que hizo, o mando hacer, de tablas, en el Convento del señor San Francisco. El virrey don García de Mendoza traía

nueva orden y comisión para el reparo de las de S. M. y a cuya costa se había de hacer. I así dió comisión y orden a Julián de Bastidas, criado antiguo de su padre, y ayo que había sido suyo, para que las hiciese reparar. Lo cual él, con extraordinario cuidado y diligencia, puso en execución, hasta que tuvo efecto; y sabido por el virrey, y aun visto, porque una o dos veces en su carroza, embozado, sin ser conocido, vino a ver la traza y orden de casa, como señor tan obligado, con mujer, dueñas, damas y criadas, a proveer lo que convenia; todo dispuesto, dispuso el día de la entrada y recibimiento de la Virreyna y el suyo. El cual acordó fuese el día de los Reyes, 6 de enero, nombre y vocación de la misma cibdad; y para el de su mujer eligió la víspera, que es a los 5 del mismo mes. Por lo cual partió del Callao, jueves en la tarde, 4 de enero, a dormir en una chácara de doña Elvira Dávalos, cosa de media legua antes de Lima. Viernes siguiente en la tarde entró la Virreina en Lima. Salieron todas cuantas personas nobles en ella habían, a recibirla. Las calles era imposible pasar, sino con mucho apremio. La Virreina venía en una litera carmesí, vestida de verde. Llevaba detrás un palafrén o hacanea, que la cibdad lo llevó a la referida chácara, con su gualdrapa y sillón, el cual era de plata; y la gualdrapa y guarniciones, de terciopelo morado y plata. Iban con él cuatro lacayos. El conde de Villar, que en ninguna cosa quiso quedar corto a la demostración de quien era, ni el hospicio y término que a tan principal señora se debía, vino, el mismo día de su entrada, a tenelle compañía, y fué a la mano derecha de su litera, en un caballo; y a la izquierda don Beltrán de Castro y de la Cueva; y al lado de su padre, don Jerónimo de Torres y Portugal, su hijo; y al lado de don Beltrán, don Pedro de Córdoba Guzmán, que llevaba a la Virreina en medio. Después desta, iba otra litera negra, y en ella doña Ana de Zúñiga, viuda, su camarera mayor; la cual llevaba consigo una niña, nieta suya, hija de don Juan de Luna, su hijo, maestresala del Virrey, y ella era menina de la Virreyna, la cual se llamaba doña Brianda de Luna y Zúñiga. A esta litera seguía un coche carmesí y una carroza, en los cuales iban tres dueñas de honor, que eran doña Leonor de Narváez, doña Luisa Pita, doña María de Castro. Asimismo iba doña Madalena de Burges y Sacras, mujer del secretario del Virrey, Antonio de Heredia. Las damas que ansí mismo iban eran: doña Bernarda Manrique de Mendoza, doña Catalina Barragán, doña Catalina Bello, doña Isabel de Elezcano y doña María de Mercado, menina. Las demás ayudas de cámara y criadas de la Virreyna y de sus dueñas y damas, habían entrado el día antes, y éste no entró doña Catalina de Laguna, mujer del capitán de la guardia, porque dos días antes, con falta de salud, se había venido a su posada. Iba todo con tanto silencio y majestad, que, con ser el concurso y bullicio de la gente tanto, parece que era mayor el miramiento y sosiego que se debía a la grandeza desta señora; porque, desde que entró en la litera y llegó a la cibdad, hasta palacio, apenas parecía que alzaba los ojos della. Delante iba el mayordomo mayor y caballero, desviados del de-

más concurso de gentes; luego el capitán de la guardia, con toda ella descaperuzada, con gran concierto y órden. Llegados a Palacio, el Conde estuvo como media hora con la Virreina, y luego salió para volverse a la Madalena. Fuéronle acompañando todos los que se habían hallado en el acompañamiento de la Virreina; y la guardia, y su capitán con ella, hasta fuera de la cibdad; y, aunque el Conde le envió, dos o tres veces, a pedir con don Diego de Portugal, su sobrino, que se quedase, y lo propio mandase a la guardia, él le suplicó no lo permitiese, porque él hacía lo que el Virrey, su señor, le mandaba; y así, dejándole fuera del pueblo, ya de noche, se volvió. Los caballeros y gente principal porfieron por ir hasta la Madalena; mas el Conde hizo instancia para que se quedasen, enviando a sus sobrinos y otros caballeros de su casa para que alcanzasen los que delante iban, y los detuviesen. Y, visto no ser posible, se paró, dando muestras de que de allí no pasaría si no se volvían todos, lo cual hicieron; y el Conde, acompañado de sólo sus criados, se fué a la Madalena, y nunca más volvió a Lima.

Amaneció el sábado, y día de los Reyes, la cibdad dellos tan vistosa y bien aderezada, que parecía no haber más que desear; porque, en sus riquezas, galas, curiosidad, templos, religión y edificios, no hay otra en las Indias que igualársele pueda en tantas cosas juntas; porque hay suertes de caballeros y damas de mucho término, hidalguía y hermosura; lo cual naturaleza quiso a porfía poner lo último de su caudal, favoreciéndola Dios con larga y pródiga mano, depositando en ella damas acabadísimas, todas juntas y cada una de por sí, y con razón meritísimamente celebradas, no por apasionadas ni aficionadas lenguas, sino por justicia, que quiere decir dar a cada uno lo suyo. Y, dejado esto para mayores y mejores juicios que el mío, digo que, habiendo quedado a cargo de don Pedro de Santillán el arco por do el Virrey había de entrar, se encomendó, de parte suya y de la cibdad, la traza y órden dél al P. Fr. Mateo de León, del orden de San Agustín, teólogo y predicador, persona de muy dichoso intelecto, y generalísimo en toda suerte de antigüedad y curiosidad, y de admirable traza de ingenio, cuyo parecer se dió muy bien a entender y sentir en el modo de las figuras, casándolas con la ocasión, que es el mayor primor de los significados, por que todos igualasen al deseo de la cibdad. Este arco, para el recibimiento, se trazó en el principio de la cibdad y calle por do había de ser la entrada. El era blanco y de razonable altura y con pasamentos. La anchura era lo que decía de cerca a cerca, quedando la puerta vistosa y espaciosa, aunque faltó lugar para poner letras y figuras, que algunas personas estudiosas tenían trazadas para el efecto. En lo alto de la cimbra del arco, por timbre, estaban las armas del Rey nuestro señor... De un lado y otro destas armas, estaban las de la cibdad, que son una estrella en lo alto, y las tres coronas de los reyes magos, en campo azul. Por orla tenía su mote antiguo, que dice así; *Hoc signum veré regum est*, que quiere decir: "Aquesta es la verdadera insignia de reyes". A estos escudos res-

pondían más abajo unos encasamentos cavados en la pared del arco, do estaban dos figuras pintadas, la una a la mano derecha, la otra a la izquierda. La de la derecha era un viejo venerable, vestido como rey, al modo de los naturales desta tierra, sentado debajo de un árbol: éste representaba el reino del Pirú.... El árbol estaba ceñido y rodeado de una parra, significando en esto el matrimonio del Virrey, para dar a entender, que no le había de ser la compañía estorbo al gobierno, sino ayuda, como lo suele ser la parra al árbol y el árbol a la parra. Del árbol colgaban las armas del Virrey y Virreina, incorporadas en su escudo, y las de la cibdad en el suyo. A la mano izquierda estaba una doncella, con un peso en las manos, que representaba la justicia.... Encima de todo, este verso de Virgilio: "Miratur molem Gartia magnalia quondam": admírase don García de ver la grandeza desta cibdad, que en otro tiempo (el de su padre, primer virrey Cañete) era rancherías, y ahora está tan ilustre y opulenta.... La Virreina comió temprano, y en una carroza pasó a la casa de Diego Ruiz Cerrato, a una gelosía que le estaba aderezada, para ver la entrada y recibimiento del Virrey, el cual salió de la Chácara de doña Elvira Dávalos, y luego le cogieron en medio las dos compañías de a caballo, tomando la retaguardia la de los arcabuceros, y la retaguardia, la de los gentiles hombres lanzas, con orden nueva, que el virrey había dado, que los arcabuceros, en los morriones y celadas, llevasen una banda carmesí; y que los lanzas la llevasen de la misma color; empero, desde el hombro, por medio el cuerpo. Llegando el Virrey como veinte pasos a do estaba el Audiencia, salió de la carroza y vino a pié, hasta una sombra grande que le tenían hecha, debajo de la cual estaba el sitial, y encima el misal, el cual Blas Hernández, escribano de Cabildo, abrió; y, puesta sobre él la mano, don Francisco Manrique de Lara, caballero del órden de Santiago, fator y veedor del Rey N. S., y regidor más antiguo desta cibdad, le tomó el juramento acostumbrado. Y, acabadas estas ceremonias, el Virrey tomó el caballo que era blanco, y la guarnición de terciopelo negro, y todo el follaje y guarniciones de oro y negro, vistosisíma y costosa. El Virrey traía vestido, jubón y calzaparda; calceta de holanda, alta, de camino; espuelas doradas; cuera de ámbar, guarnecida de oro; sombrero de tafetán negro, con caireles de oro; y trena (banda) de ámbar, con caireles de lo propio, llenas de piezas de oro y perlas; plumas en el sombrero, moradas; y bohemio (capotillo) morado".

"Comenzóse, desde el arco, a ir en esta forma: la primera gente que partió fué la suiza de los indios, que eran muchos, todos vestidos de diferentes colores, de seda y oro, con sus mandadores y muchos géneros de armas; después iba el capitán don Juan de Alia-ga, vestido de leonado y plata, con su compañía, que era toda la infantería desta cibdad, que era mucha, costosa y bizarramente aderezada. Pareció estremadísicamente, por la continuación de las cargas que iban dando, que todo estaba cubierto de estruendo y humo. A esta compañía seguía el capitán Pedro de Zárate, con la guardia de gentiles hombres arcabuceros de a caballo, todos

con sus armas y municiones, y bandas rojas en las celadas, y los arcabuces al hombro... Tras esta compañía iban los gentiles hombres de la casa del Virrey, que era mucha cantidad, de dos en dos, en hábito de camino. Hacíales guardar este orden y concierto Rodrigo Delgadillo, tesorero del Virrey. Seguía luego tras ellos toda la caballería de vecinos y gentes de lustre desta cibdad. Luego la Universidad: las facultades, con sus insignias y borlas, que parecían muy bien".

"Seguían luego las mazas de la cibdad, abatidas sobre los brazos. Sucedió la R. Audiencia y alcaldes de corte con todo el concurso de sus ministros y oficiales. Después los reyes de armas con sus cotas descaperuzadas; tras ellos, Ruy Díaz de Rojas, caballero mayor del Virrey, la cabeza a descubierta, con un estoque plateado, desnudo, sobre el hombro derecho. Esta cerimonia fué el primero que la usó este Virrey. A sus lados iban cuatro lacayos con la librea del Virrey, y uno de ellos llevaba sobre el hombro el telliz (caparazón), que es una cubierta de terciopelo con que cubren el caballo hasta debajo los estribos, que sirve de grandeza; que acá, si no es la persona del Virrey, no la puede usar ni poner otra".

"Luego iban los pajes del Virrey, vestidos de librea, que era amarilla y negra, gorras y plumas de la misma suerte y descaperuzados. Tras dellos iban los tenientes de capitán de la guardia y caballero, a pié y destocados (sin sombrero). El teniente de la guardia llevaba un bastoncillo en la mano, el cual tenía cuenta con que los pajes fuesen en buena orden y con silencio. Después venía el palio, que era carmesí y muy rico. Las varas llevaban los regidores, y los cordones del caballo los alcaldes ordinarios, vestidos con ropas rozagantes carmesís de terciopelo y gorras de lo mismo, que, todos juntos y cada uno de por sí, parecían escogidamente. Debajo del palio iba el Virrey bien señalado, con su buena disposición y agradable presencia, dejándose ver generosamente, sin austeridad ni altivez, de todos los balcones y ventanas, haciendo algún modo de pausa donde los caballeros que llevaban el palio le decían que había algunas damas y señoras, porque, como todas estaban embozadas, no eran conocidas sino de los que sabían las ventanas do habían de estar. I el palio no podían llevarlo tan alto, que, siéndole el que iba debajo tanto, en partes no se le podía ver el rostro, y era necesario hacer alguna diligencia para dejarse ver; y, en todas las partes que se ofreció tener este miramiento, siempre pasó quitando el sombrero a las damas, con que daba la satisfacción que se esperaba de su cortesanía. Después del palio iba el guión. El que le llevaba iba en cuerpo, sin que ninguno fuese a su lado. Luego iba Julián de Bastidas, ayo que había sido del Virrey, y muy antiguo en la del Marqués su padre, a quien el Virrey tenía en gran veneración. A su lado Juan Osorio Gavilanes, mayordomo mayor; y Antonio de Torres de la Fresneda, su camarero; y Antonio de Heredia, su secretario; y Francisco de Cañizares, gentilhombre de la cámara.—Detrás destes caballeros iban cinco pajes de cámara en sus caballos. Uno

llevaba una lanza; otro, un morrión muy vistoso, con sus plumas en bastón otro, un venablo; otro, una maleta de terciopelo; otro, un sombrero cubierto con un tafetán.—El capitán de la guardia era su lugar entre el estoque y los reyes de armas, de donde salía a ordenallo y mandallo todo.— La guarda de alabarderos iba de un lado y otro descaperuzada; y donde acababa, entraba el capitán don Pedro de Córdoba Guzmán, caballero del hábito de Santiago, capitán de la más ilustre y generosa compañía que se sabe haya en el orbe.... Después venía un alférez, con el estandarte, y los gentileshombres lanzas las llevaban en las manos, y su adargas (escudos de cuero) embrazadas; todos en bellos caballos y ricos jaeces, sus cotas puestas y coladas, con muchas plumas y bandas rojas, parecían cierto admirablemente, porque la calidad de tantos caballeros como allí iban, con tan gran silencio, señorío y concierto, hacía ser de todos mirada y respetada, y aún cudiciada para ser uno de ella”.

“Los ministriles (instrumentos de boca), atabales (tamboriles) y trompetas, iban repartidas por diferentes partes y lugares, ejercitando su arte muy bien y continuadamente”.

“Conmenzóse a caminar, con toda esta maquiñosa traza y orden, por medio de innumerable suma de gentes; y con ser tanta la distancia de calles, excedía el acompañamiento, dejando pobladas y llenas tanta suma de ventanas, balcones y terrados, que parecían quererse venir abajo con el peso de tantas personas”.

“Llegó el Virrey a una gelosía verde, donde la Virreina, sin ser vista, veía. Allí se detuvo un breve espacio, hasta que, por una cortadura de la gelosía, la Virreina sacó un antojo (anteojo) de oro, que trae para reforzar la vista, el cual, visto por el Virrey, como señal de licencia, quitó el sombrero y bajó la cabeza, y mandó anduviesen los que llevaban el palio. Fué caminando, haciendo algunas pausas”.

“Los olores y perfumes eran tantos, que parecía estar en la felice Arabia. De ciertas ventanas arrojaron gran cantidad de rosas sobre los que pasaban, con algunas letras que mostraban más contento que elegancia”.

“Más arriba desta gelosía do estaba la Virreina, hubo un castillo a quien combatía una galera con muchos artificios de fuego, y él se defendía con los propios. Tardó gran rato el combate, con mucho estrépito de cohetes y gran regocijo de la gente”.

“Hizo el oficio de sargento mayor el capitán Sancho de Rive-ro que lo era desta cibdad y puerto; y el de maese de campo, don Francisco de Quiñones....”

“Puesto el sol, llegó el Virrey a la iglesia mayor, donde se apeó, haciendo el oficio de caballerizo Diego de Aguero, vecino desta cibdad y regidor perpetuo della. Apeóse primero el caballerizo, y entró con el estoque delante. El Virrey entró a la iglesia mayor, donde el Provisor, dignidades, canónigos y clerecía le estaban esperando. I, servida el agua bendita, pasó a su sitial, y hizo oración, y volvió a tomar el caballo, y haciendo un rodeo a la plaza, se entró en las casas reales ya de noche, donde luego llegó la

Virreyna en su carroza. Don Beltrán de Castro, su hermano, gozó de libertad este día, andando embozado, mirando lo mucho que había que ver, porque de otra manera no fuera posible. Otra noche hubo alcancías (juego de bolas a caballo) delante de palacio, en cuyas ventanas del cuarto de don Beltrán que salían a élla, estuvo el Virrey. Dentro de pocos días hubo toros y juegos de cañas, sin libreas; y desde ahí a algunos, hizo la cibdad su fiesta de toros y juego de cañas. En los dos puestos jugaron treinta y dos caballeros: diez y seis en cada uno. Prohibióse que ninguno sacáse brocado, ni tela, ni oro en las libreas; porque dejado que el Virrey no ternía dello gusto ni contentamiento, el que la llevase no se le permitiría jugar. Todos lo tuvieron por cosa dura, porque en tan buena ocasión querían y apetecían mostrar su deseo y ánimo. En fin lo que fué de terciopelo y rasos, fué mucho y muy lucido. La Virreyna salió en una litera, y sus damas y dueñas en carrozas y coches. Acompañóla toda la cibdad y la guardia ordinaria, hasta en los arcos que en las casas de cabildo para el efecto estaban aderezados. A la mano derecha de la litera venía don Beltrán, hermano de la Virreyna; y a la izquierda, don Jerónimo de Torres y Portugal, hijo del Conde de Villar. Dentro de un breve espacio de tiempo salió el Virrey con la R. Audiencia, y vinieron a otras ventanas junto a las de la Virreyna, sirviendo de atajo sólo la colgadura de seda que lo dividía. Dióseles una extremadísima colación, y muy curiosa, de mucha diversidad de cosas. Pasados los toros y juego de cañas, se acabaron las fiestas, y aun la breve pausa que el Virrey dió a los negocios... No puedo pasar en silencio que la primera fiesta que hobo después de la entrada en esta ciudad, fué el Virrey a la iglesia mayor. Predicó el padre Jerónimo Ruiz Portillo, de la Compañía de Jesús, que fué el primer sermón que el Virrey oyó y el último que él hizo. En él dijo muchas cosas pertenecientes al gobierno, con el celo y espíritu qu se esperaba de quien se creía estaba de camino para el cielo. Los demás días fué (el Virrey) visitando uno de los conventos de frailes o monjas. El primero fué el del seráfico San Francisco, do no pudo dejar de enternecerse con la memoria del sepulcro del marqués de Cañete, su padre".—Colec. y obra cits., vol. VIII, págs. 308 a 327.—M. S., op. et. vol. cit. pág. 244.

- (21). Por muerte de Bustamante y por otras circunstancias, demoró Cerezueta su permanencia en Panamá; y sólo llegó a Lima el 29 de enero de 1570. Días después, se abrió solemnemente el Tribunal.
- (22). Calabozos de los reos juzgados por la Inquisición. Convirtiéronse en el cuartel de ese nombre (Carceletas), que nosotros alcanzamos, cuya guardia apresó al asesino de Pardo (don Manuel) en la famosa tarde del 16 de noviembre de 1878, y en el que estaba instalado el batallón del coronel don Pablo Arguedas, sublevado contra el Gobierno de Prado (a favor de Piérola), en la tarde, más famosa todavía, del 21 de diciembre de 1879. Vendido su perímetro por el Fisco, instalóse allí la bomba Roma. Era, pues, yendo hacia la esquina de la Caridad y el Puno, el local ubicado inmediatamente después del de la Cámara de Senadores.

- (23). "Hizo notificar al arzobispo los poderes y comisiones que del rey nuestro señor traía, y cómo al Visorey tocaba el nombrar y presentar en su real nombre todos los sacerdotes de las doctinas y ministros que fuesen necesarios; y, sin embargo de la repugnancia y contradicción que halló el metropolitano, alegando que a él pertenecía la presentación, en virtud de la erección de su iglesia y fundación della y posesión tan de antiguo adquirida; no obstante los muchos dares y tomares que sobre ello hobo, comenzó el Visorey a presentar todos los sacerdotes deste arzobispado y los demás deste reino, poniendo el pecho para la ejecución, cual al negocio convenía y fué necesario". MS. ya cit. de Sánchez, coleccionada, t. VIII, págs. 238 a 239.
- (24). "Vista la descomodidad que los indios, así ingas como serranos, que venían a hacer mita a esta cibdad tenían, y que era forzoso el hacerla (la mita) y menesteroso el darles casas de vivienda do se recogiesen y estuviesen; habiendo bien mirado el más conveniente y a propósito sitio para reducir estos indios, eligió uno, dos cuadras o algo más del hospital y parroquia de Santa Ana, donde hizo la reducción dellos, señalándoles sitios para sus casas, con harta anchura, dividiéndolos en cuadras, como lo está esta cibdad. Hízolo cercar y cerrar (de ahí el nombre de Cercado), para que nadie pudiese hacerles daño con sus puertas, que de noche se la pólvora para las armadas y presidios; en éste tienen los de la Compañía de Jesús, que desde entonces la administran. Tienen casas de cabildo, muy buena iglesia y hospital para los indios que enferman. Aquí se reparten los mitayos. En este pueblo se hace la pólvora para las armadas y presidios; en éste tienen los de la compañía su noviciado, en casa muy buena para el efecto; aquí tienen los Visoreyes cuarto, donde suelen venir a recrearse y a recogerse para hacer algunos despachos de importancia; de aquí es socorrida y proveída esta ciudad de amas para criar y dar leche a niños; dél es abastecida de gallinas, pollos, huevos, palominos y patos, y de todas frutas y legumbres, y de arrieros y aún de caballos para los pasajeros. Dióles el Visorey justicia distinta de la desta cibdad que se la hiciesen de los agravios que los chacareros ú otras personas les hiciesen. Pocas fiestas se celebran en Lima sin la música de Santiago del Cercado".—MS., coleccionada y vol. cit., págs. 233 y 234.
- (25). "Mandó hacer el empedrado de las calles de esta cibdad por muchas de las cuales no se podía por el mucho polvo andar, con el cual de asma enfermaban".—MS., coleccionada y vol. cit., págs. 240.
- (26). "La plaza era muy grande y descompasada porque le faltaba portales al derredor que le acompañasen, y donde la gente de contratación, en tiempo de invierno y verano, pudiesen estar. Mandolos el Visorey hacer; con que está muy ilustrada, y le han sido a la cibdad de mucho interés, y quedó con ellos la plaza tan bella, compasada, cuadrada y hermoçada, que debe ser la mejor que ninguna otra cibdad tenga". Id., Id., loc. cit. Los portales de Toledo, derribados unos y maltratados otros por el terremoto del 20 de octubre de 1687, fueron reedificados y reparados en 1670 por el Vi-

rey don Melchor de Portocarrero Laso de la Vega, conde de la Monclova.

- (27). "En gran manera esta ciudad padecía de agua, no de falta, que en el río siempre sobra, sino de enfermedades, romadizos, toses y dolores de costado; en especial en las entradas de los inviernos en la sierra, que es el principio de los veranos en los llanos; que, como el agua y creciente del río procede de las lluvias, granizo y nieves que la causan, y viene tan cruda (crudía dice el original), casi era una continúa y ordinaria peste en todos los estados de gente desta República, a lo cual queriendo dar remedio la vigilancia y cuidado deste gran gobernador, visto que, algo más de una legua della, había unos manantiales con gran abundancia de agua, mandó pesarla y ver su corriente y el altura desta plaza; y, dándole parecer por los pocos artifices que deste ministerio entonces había, mandó traer el agua a la Plaza desta cibdad, encañada, e hizo cercar el nacimiento della; y que en la plaza se hiciese una muy suntuosa fuente, que en gran manera la ilustra, a do viene el agua, y a otras partes, no solo en plazas y lugares públicos, mas en mil principales casas, do la han metido; y en todos los conventos de monjas y frailes desta cibdad; cosa importantísima, y con que se han restaurado las vidas de muchos y la salud de no pocos".—
Id. Id. Id. pag. 240 y 241.